

Pensar la sociedad civil

Miguel Fernández

En *La Gaceta de Cuba* (septiembre-octubre 1993, pp. 2-7) y desde la perspectiva de las ciencias sociales, el vicedirector del Centro de Estudios de América (CEA), Rafael Hernández, discutió algunas paradojas de las visiones externas sobre Cuba. El debate en ciernes quedó frustrado por una carta que dio pie para que el autor recorriera el ámbito conceptual de la sociedad civil y sus alrededores (*La Gaceta de Cuba*, enero-febrero 1994, pp. 28-31). Cabría reanimar la polémica precisando que tanto en este ámbito como en aquella perspectiva campea también lo paradójico.

LAS LLAVES DE LA VERDAD

Muchos intelectuales revolucionarios cayeron en la trampa de mercadotecnia preparada por los clásicos del socialismo científico y colocada por los príncipes del socialismo real: aquél en teoría y éste en la práctica eran los únicos socialismos respetables. Antes sólo hubo utópicos; después, fieles seguidores de la doctrina todopoderosa, por ser exacta, o revisionistas de izquierda y de derecha. Poco importaba que entretanto la Unión Soviética fuera resolviendo el dilema mundano de ser apóstol o gendarme, con el empleo de viejas mañas de la diplomacia cosaca en Hungría, Checoslovaquia, Afganistán...

Quienes respaldaron científicamente el socialismo real y pregonaban la práctica como criterio supremo de la verdad, no pueden apearce ahora con que *errare humanum est*. Si escondieron la parte indecente de la realidad tras la disciplina y retórica partidistas, quedaron como embusteros; si no se percataron a tiempo de lo que ocurría, pese a disponer del «único método científico de análisis social», quedaron como expertos ignorantes.

Villena corrigió este juicio extremista de Mañach: «con el marxismo-leninismo no cabe discusión», agregando: «en que no terminen aplastados quienes le contradigan o tuerzan». Para justificar la enmienda estableció un paralelo entre la ciencia inmunológica (el socialismo científico) y los remedios vulgares (las demás teorías de la sociedad). De semejante intolerancia, apuntalada como verdad científico-natural, se tiñó la perspectiva científico-social entre cubanos.

Tal parece que la clave no está ya donde dice Rafael Hernández: en que el mercado exterior de ideas sollevanta al disidente por encima del revolucionario.

Afuera saben bien que la duda cartesiana no encaja en la conversión de «dos oficiales escapados, los estalinistas arrepentidos, los funcionarios renegados, los ex-profesores de dogmatismo y los testaferreros de la cultura». Más bien están animados —escribe Luis Aguilar León en *El Nuevo Herald*— por dudas pélvicas: ellos remedan al monje que colgó los hábitos, alegando en público la pérdida de convicción religiosa, para disfrutar mejor en privado de ciertos placeres terrenales.

Una de las claves podría ser que el mercado negro también arraigó dentro de Cuba en el plano de las ideas. Junto con las ciencias sociales circuló aquella forma de hechicería, como dijo El-Biruni, de hacernos percibir algo diferente de lo real por medio de una suerte de ilusión. ¿Es fácil tragarse que hechiceros de antaño procedan hogaño científicamente?

No vale la pena abroquelarse ahora con pasadas escaramuzas en contra del burocratismo, la censura o el dogma. Hace falta una carga de autorreflexión, pero tan crítica que no recule frente a sus propias conclusiones ni se espante por la concurrencia, en pie de igualdad, de paradigmas sociocientíficos diferentes. A menos que se suelte el lastre metodológico de Francis Bacon (la verdad surge más fácilmente del error que de la confusión) para elevarse por fin hasta las alternativas de la fe.

EL LÍDER Y LA REVOLUCIÓN

Esta reflexión autocrítica debe ahondar en lo que Foucault llamaba enlaces de la verdad con el poder. Sobran los argumentos para convenir con Rafael Hernández en que «pocos líderes vivos tienen la capacidad política de Fidel Castro». Mas habría que entender ese carisma no tanto en sentido weberiano como en estricto sentido bíblico: aquella gracia extraordinaria es para la utilidad común (*Corintios*, 12.7).

Por razones psico-sociológicas (¿o socio-psicológicas?) el reconocimiento de los méritos de Fidel conduce en derechura a la aceptación casi incondicional de sus juicios. Sin embargo, él mismo advierte que no posee la verdad absoluta ni está exento de cometer errores. A este respecto, ¿qué postura adoptan los intelectuales revolucionarios? No empiece a abundar en la religión: todavía puede decirnos algo en materias profanas. Mahoma exponía el plan de una batalla inminente, cuando le preguntaron si el proyecto emanaba de la revelación divina o de la meditación personal. El Profeta contestó que de esta última, y el preguntón adelantó entonces sus propias ideas, que acabaron por convencer al jefe de cambiar lo planificado.

¡Ojalá hubiera prevalecido tamaño sentido de la iniciativa en las ciencias sociales! Pero muchos especialistas ofician a menudo como simples costureros de las decisiones políticas y allanan el quehacer científico hasta el nivel de relato o comentario de la práctica. Por eso son hoy maculatura bibliotecas enteras. No obstante —informa Rafael Hernández—, el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) encontró que en la Cuba actual los intelectuales manifiestan «una acentuada predisposición a la crítica, junto a un índice comparativamente alto de compromiso político».

LA SOCIEDAD REAL

Una noticia tan alentadora merece estar asegurada contra el riesgo de que la gente dice una cosa en las encuestas y hace otra en la vida cotidiana. Para tener certeza son precisos métodos refinados, cuyo empleo compete en principio al equipo (CIPS) encargado del estudio «La intelectualidad en el proyecto socialista cubano». Pero el uso de categorías es harina de otro costal: cada sastrerío teórico ha cortado siempre sus propias piezas para la galería sociológica y en ella se puede entablar el debate literario, que sólo reclama certidumbres.

Por *élite* reputó Vilfredo Pareto a las minorías con los índices más elevados en los ramos de su actividad. Y nos dejó colgados, pues... ¿quién determina cuáles son esos índices y cómo medirlos? Tampoco los cubanólogos atinan a desenredar esta pita conceptual: la mayoría —afirma Rafael Hernández— «no suele definir lo que entiende por la élite». Ante la razón perezosa de allá, ¿por qué no salen al ruedo concepciones de aquí, si aún perviven enigmas elitistas?

A casi cien años de que Gaetano Mosca enfocara a la clase dirigente como objeto de estudio sociológico, el teorema de circulación de las élites no arroja mucha luz en Cuba sobre la elasticidad de numerosos cuadros, la cual permite hilvanar secuencias de cargos tan disímiles como, por ejemplo, director de preuniversitario, coordinador de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), director de Vivienda, presidente del Poder Popular y director de Cultura en el mismo municipio.

Si otro rasgo consistiera en no estar sujeto a la Ley 1015 (1962), que implantó el racionamiento, sería oportuno retomar aquella idea del Che (tan ligada a su conducta y tan soslayada por la moda científico-social de repensarlo) sobre la necesidad de perseguir con saña y exterminar a quienes, valiéndose de sus influencias, consiguen primero una casa y después los carros, violan el racionamiento y acaban por tener (ostentándolo o no) de todo lo que no tiene el pueblo.

Otra categoría: la *cultura política*, marca para Rafael Hernández «la diferencia fundamental de la sociedad cubana». Pero no debe preocuparle tanto que casi nadie aborde el tema en la revista *Cuban Studies* (Universidad de Pittsburgh) ni que el trabajo pionero de Richard Fagen (*The Transformation of Political Culture in Cuba*, 1969) siga desactualizado. Más agobia que la prensa cubana no sea (parafraseando a Marx) el espejo espiritual donde se mira el pueblo y se encarna su confianza en sí mismo.

Quienes ejecutan la política informativa están empecinados en llevar de la mano, en vez de exponer los hechos junto con los diversos puntos de vista. El periodismo nacional incurre con frecuencia en colapsos comunicativos, como prolongar el silencio alrededor de la caída de Carlos Aldana o demorar la noticia del hallazgo de petróleo en la bahía de Cárdenas. A este pueblo «de una singular cultura política» parece que le viene bien, paradójicamente, la comunicación masiva de aquel pueblecito descrito por Peter Wahlöo en *The Thirsty-First Floor* (1964), donde nada desagradable se narra ni veía la luz controversia alguna.

De la manga sociológica saca Rafael Hernández otra categoría para sentar «quizás la paradoja por excelencia de la sociedad socialista cubana»: la crítica,

la discrepancia e incluso el reclamo son las criaturas de la propia revolución a nivel de la sociedad civil. ¡Cómo si los jornaleros de la construcción de la Real Fuerza, por faltarles el pago, no le hubieran dicho ya (en 1576) al maestro de cantería: «hazer la obra vos y el gobernador y los oficiales del rey»!

Otra vuelta a la manga y se nos presenta como obvio el caso trágico de Europa del Este: «El socialismo no se despliega orgánicamente si no tiene sus raíces en la sociedad civil». No hay ni asomo de penitencia por haberse consentido la regla de Arkadio Viatkin: las democracias populares europeas no sólo nacieron de verdaderas revoluciones, sino que también, por aquello de las regularidades, cabían en el mismo saco junto con China, Viet Nam, Corea del Norte y Cuba. Aquí dentro los tanques soviéticos fueron «condiciones externas favorables» para el tránsito al socialismo en Europa oriental, hasta que Fidel señaló que el camino cubano no había sido abierto por ellos. Y ésta no ha sido la única vez en que la razón gubernativa sorprendió a las ciencias sociales.

DEMOCRACIA BAJO PRESIÓN

Ellas nada anticiparon ni aclaran con respecto al cambio del cristal con que se mira al Partido Comunista: en julio de 1992 el Parlamento cubano acordó proclamarlo constitucionalmente como vanguardia organizada de la nación cubana. La tradición sociocientífica anclada en Marx y Lenin justificaba la naturaleza clasista del Partido a partir de la misión histórica del proletariado, condicionada objetivamente por el sistema fabril moderno. El encanto de estas paradojas se extiende incluso hasta los comentarios del propio Rafael Hernández sobre la Constitución reformada (1992). Lejos de abrir «la posibilidad legal para redefinir el contenido de la propiedad», la reforma constitucional cerró un proceso de redefinición que se inicia con el Decreto-Ley 50 (1982) sobre la asociación económica entre entidades cubanas y extranjeras. Aun el Código Civil (1988) reconoció formas de propiedad inexistentes en la primera versión de la Ley Fundamental (1976).

En ella se había preterido, además, el reconocimiento del carácter laico del Estado cubano, que ya Céspedes defendió a ultranza. ¿Hubo también demora en replantear más democráticamente el aparato estatal y el sistema de elecciones? Unos dicen que sí y otros que no, pero resulta evidente que en este sentido la reforma tuvo lugar después de estrecharse el cerco hostil del imperio. Paradójicamente, Rafael Hernández sentencia que «los estilos democráticos no encuentran un clima propicio en las fortalezas aisladas». Y como es clásico —prosigue—, «parece que es la economía lo determinante, cuando en realidad es la política». Sólo que la experiencia de economías deficitarias muestra que el pueblo se torna población (pendiente de arrancar lo posible del pastel común) y la política se transforma entonces, como dijera Gueorgui Fedotov, en el sector humano de la ganadería.

POSDATA

Desde aquellos días (1993-4) Rafael Hernández viene invitando a repensar el sistema social para que sea posible un futuro de corte martiano, donde no

ocurra simplemente que prevalezcan los más fuertes. Pero la historia de casi cuatro años después y unos cinco mil antes demuestra que los más fuertes y astutos universalizan siempre sus puntos de vista. Es preferible invitar a sacrificarse hoy para arreglar un tanto las cosas el próximo año e ir logrando poco a poco un equilibrio aceptable entre los componentes básicos de la sociedad moderna (Economía, Estado y mundo de la vida) y entre sus respectivos recursos: dinero, poder administrativo y solidaridad humana. Walter Benjamín no se cansaba de repetir que la crítica es asunto de guardar la distancia correcta.

